

2. Previsiones e imprevistos

(terminando el 2021, empezando el 2022)

Había previsto que mi proyecto no sería admitido a una residencia de escritura. Imaginé a las personas que gestionan el centro de creación Azala respondiéndome con una nota de disculpa tras leer mis primeras páginas. Lo había previsto y me parecía bien así, porque ya recibí una satisfacción íntima al retomar este proyecto después de cuatro años de letargo, ya disfruté el contagio delicioso entre escritura y biografía, ya estaba satisfecha del aspecto resplandeciente que adquiriría mi escritura a la luz de mi mirada hoy. Me parecía que las páginas de “Primera entrega” eran un paso pequeño respecto a la dimensión del tabú que quiero tratar, pero a la vez enorme, como avance en mi proceso creativo, porque escribiéndolas había sentido una reconciliación.

Es decir, aunque la perspectiva de una residencia de escritura hubiera terminado en ese primer envío, tal y como yo había previsto, el impulso estaría dado.

Sin embargo, días más tarde recibo la respuesta desde Azala por mail: me piden algunos datos biográficos, una fotografía y un texto para presentar el proyecto en la web del centro conforme lo estoy armando. La aceptación me sorprende, pero sobre todo me asombra la claridad, la rotundidad. No me sugieren que utilice dobles sentidos o que le ponga a esta criatura un vestido alegórico, no cuestionan lo que pretendo hacer, no hay juicios ni preguntas. Seguimos adelante, tengo fechas para la residencia, hacen falta algunos datos. Me quedo un rato con la boca abierta.

Después siento un alivio muy grande. Tengo la sensación de que alguien me acompaña y camina conmigo, ni por delante ni por detrás, sino a mi lado. Puede parecer una estupidez, pero nunca había sentido esta confianza ni la gratitud entrañable que brota con ella.

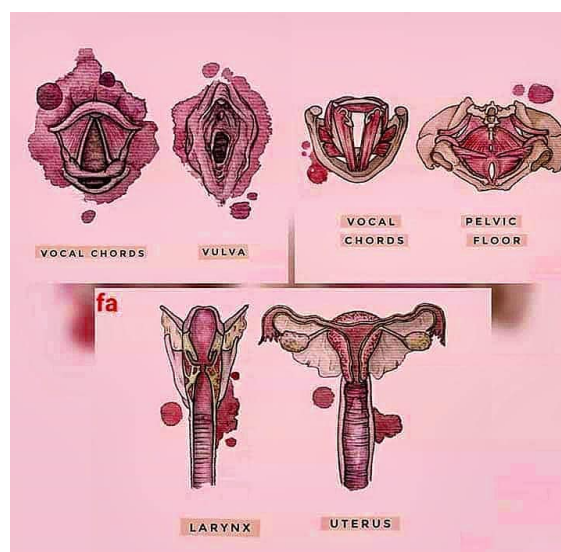
No quiero engañar a nadie; ya expliqué en “Primera entrega” que no he publicado un solo texto, de manera que no puedo ser considerada *autora*. Pero aún así en Azala me acogen para una residencia de escritura y por lo que me dicen parece que voy a poder participar en ciertas acciones que suceden en aquel lugar y proponer otras. Pienso de inmediato en cocinar para un grupo numeroso con muy poco presupuesto por lo que esta práctica tiene de “milagro” (algo raro, inexplicable y maravilloso) No tengo inconveniente en hacerlo, no soy remilgada con mis poderes, me remango y me pongo a la faena de multiplicar los panes y los peces donde haga falta, las gentes solemos estar hambrientas.

La semana siguiente me envían una prueba de su página web con el título de este proyecto junto a mi nombre completo. Lo leo y trago saliva: de pronto todo este tinglado se vuelve real como una bofetada en la cara. Este mismo texto, esta *palabra* que tecleo en este instante va a ser expuesta a la vista de quien la quiera leer, todos los materiales van a ser publicados en Internet.

Sé que el hecho responde a los objetivos que yo misma he trazado, pero me pone nerviosa. Tengo erizado todo el pelo del cuerpo y no consigo que se tumbe sobre la piel. Hasta ahora han leído mis escrituras unas cuantas personas de mi entorno, gente de tanta confianza que puedo citar sus nombres de carrerilla: Teresa, Elena, Quique, Joan, Rosa, Luis, Paula, Miguel Ángel, Vicente, Paco, Tomás, Claudio y Claudia.

Escribir *entre amigas* es una práctica muy confortable porque nadie te hace demasiado daño. Pero la residencia en Azala significa por primera vez salir del burladero, se me acaba el amparo, mis textos serán develados y siento que cualquier persona extraña que los lea se apropiará de ellos sin miramiento. Es como si tuviera que estar dispuesta a que me robaran a un hijo, o incluso a una madre, porque ahí está *Espinós*, mi segundo apellido exhibido también y eso que ella nunca quiso que yo escribiera. Ella había planeado que me casara con un joven de buena posición social y económica, un hombre amable y atractivo que me protegiera y hablara por mí, de manera que yo pudiera dedicarme en silencio a cuidar la casa y a la crianza, gracias a lo cual se me podría considerar una mujer *de bien*.

Mi madre preveía y temía que la escritura podría llegar a ser como mi voz alzada en público, siendo que no me corresponden ni esa acción ni ese lugar porque no es *lo natural* para una mujer. De manera que escribiendo vivo *contra natura*: contra el incuestionable orden de las cosas, contra la correcta y definitiva moral, contra lo que mantiene el mundo en calma. Y todo esto, para mi madre, viene a ser lo mismo que aparearse con *el mal*.



Muchos años después de aquellas previsiones maternas mi voz escrita está a punto de convertirse en grito. No busco con ello la seguridad, no voy hacia la claridad, no quiero que todas las preguntas de mi existencia tengan una explicación razonada. Prefiero escribir desde-y-para la duda, la penumbra y la contingencia. Es así como han comenzado estas páginas divagadas y con ellas la revisión de mis archivos documentales repletos de ideas errantes que no pretendo ordenar, como se verá a continuación. Brotan, eso es todo. Como los recuerdos, los malestares y los amores.

Desde que escribí “Primera entrega” he estado releendo textos y ha sido un trabajo enorme, tanto que lo ofrezco como disculpa por no haber enviado antes estas páginas. Nadie me ha pedido explicaciones, pero como ahora me muestro ante personas que no me conocen me siento en la obligación de darlas. Parece una cortesía de otro siglo y lo es; quedó grabada en mi córtex cerebral alrededor del año 1975 y corresponde a la lección maternal “cómo relacionarse con desconocidos”.

Puestos a que se hagan una idea de mí, no me preocupa que me imaginen holgazaneando. Reivindico y practico a menudo esa forma de reposo improductivo, al estilo de los muchachos que aparecen en esta fotografía, terracita de bar, quinto en mano.



En cambio, no me gustaría que me imaginasen planeando o cometiendo un crimen porque no es eso lo que hago, por el momento soy una persona empática y no voy por ahí matando gente para escribir sobre ello. No sería de extrañar, lo reconozco, que alguien desconocido tuviera esa sospecha sobre mí puesto que me dedico al canibalismo, porque casos así ocurren, aparecen con periodicidad cíclica en los medios de comunicación. El último sucedido en España fue en febrero de 2019, en Las Ventas de Madrid: un chaval de 26 años mató a su madre, la descuartizó en trozos pequeños, los guardó en la nevera y se los fue comiendo junto a su perro. Es el chico que aparece señalado con un círculo en la fotografía: ese es el rostro, el cuerpo, el gesto, la vida cotidiana de un maltratador y asesino que come carne humana. La imagen fue publicada por el diario El País¹ y me impresionó. Yo aparezco en docenas de fotos idénticas a esa.

¹ <https://elpais.com/espana/2021-04-19/la-fiscalia-pide-15-anos-y-5-meses-de-prision-para-el-canibal-de-ventas.html>

Dada mi experiencia previa compartiendo el tema de mi proyecto con personas cercanas, sé que la mayor parte de las veces el canibalismo conecta con imaginarios de homicidios demenciales, devoraciones desgarradas y violencia extrema. ¿Porqué quieres escribir sobre esos *horrores asquerosos*? me preguntó una amiga. Y dado que tanto la realidad como la ficción nos han ofrecido una educación constante en crímenes de proximidad, técnicas forenses y escenografías de la sangre, ¿cómo evitar que ante el canibalismo surja la imagen de Hannibal Lecter? Es más, ¿por qué esta imagen no debería surgir?

Encontrar un personaje depravado, mordedor de caras y cuellos, podría ser un gran alivio para alguien que se adentre en lecturas sobre la cocina de la carne humana, si cree que con ello pone en riesgo sus valores morales, pero no pudiendo evitar la atracción que le provoca. Su curiosidad quedaría satisfecha y al mismo tiempo su conciencia tranquila cuando ese personaje apareciese en el relato, asumiendo por completo la encarnación *del mal*. Desde luego sería un *otro*, expulsado del cuerpo social y por tanto psicópata y salvaje².

Habría entonces un enemigo perfecto, el doble especular, el monstruo. Habría también un policía bienhechor para detenerlo y así el mundo perdería su dimensión amenazante. Este es el argumento que hizo famoso al personaje de Hannibal Lecter, pero también a la Rusia de la guerra fría, a los marcianos o al lobo feroz. Es una creación simbólica fundamental para el mantenimiento de los sistemas sociales que dirigen y ordenan la vida contra el caos de lo imprevisible. Mucha gente opina que este es el mayor progreso, el escenario perfecto para, por fin, poder vivir con tranquilidad.

Pero mi relato no funciona con esas lógicas. En lo que yo entiendo como *mundo* lo imprevisible no se puede evitar. Así que no hay en este proyecto nada tranquilizador. No va a ser posible disimular cuando nos asalten la fragilidad de la ambivalencia y las contradicciones del tabú: atracción y repulsión al mismo tiempo. ¿Hacia donde preferiremos salir corriendo entonces? ¿Hacia arriba buscando el bien superior, la redención, la sumisión al orden natural? ¿O hacia abajo para abrazar la rebelión, la perversión y la profanación?

*Haga lo que haga va conmigo la punzada
de un nervio
que nace lejos de mi ser y de mi tiempo
sin producir dolor,
sino como un aviso insistente de que algo
en el fondo del abismo
podría ser visto.*

Roberta Decasio. *Poemas para atravesar paredes*. (Uruguay, 1970)

² A lo largo de los siglos en ese saco han entrado por igual tribus y pueblos americanos, africanos, asiáticos, oceánicos, eslavos... dependiendo del territorio en proceso de dominio y del estado (o potencia armada) autor de la colonización/depredación. Pero también han sido objeto de esa acusación gitanas, brujas, transexuales y gente sin casa, cualquiera que haya intentado conformar y practicar un orden social y una jerarquía de valores morales diferente. El listado es interminable, volveré más adelante sobre esta cuestión.

Para adentrarse en el libro que quiero escribir habrá que estar en disposición de ir hacia ese vértigo. Encontraremos inquietud y turbación. Se abrirá una grieta, un coladero para lo imprevisto, un desajuste en la estabilidad imperturbable; asomarán las vulnerabilidades de la vida, volverá a visitarnos la muerte expulsada.

Es el tipo de acontecimientos que nadie esperaría encontrar en un libro de cocina. Y más aún, en un libro de cocina escrito *hoy*, cuando el comer, como todo lo que constituye el terreno de lo sensible, ha sido fagocitado por el mercado, las psicologías positivas y las nuevas tecnologías, perdiendo su poder metafórico.

La cocina se ha pervertido en una práctica cuantificada de lo igual previsible, hecha de puros impactos sensitivos. Cocinar es sinónimo de recetario, aparato, catálogo de instrucciones, repertorio de fórmulas de éxito, delgadez, higiene, consumo eléctrico, rapidez. Todas las posibles preguntas que durante siglos ha excitado la práctica culinaria parecen haber tenido ya una respuesta completa. De nuevo, aquí tenemos un escenario tranquilizador.

Si yo hubiera vivido de otro modo, a mi edad sería una mujer amable y amada y estaría pensando en los nietos. En esto habría un orden, un tiempo inequívoco, una previsión razonable.

Pero soy una mujer enfadada que grita desde la cocina: ¡AQUÍ HUBO UN MISTERIO!

Lo que anuncian las canas en mi pubis es que perdí el miedo de hacer un ridículo espantoso por salirme del lugar *que me corresponde*, así que estoy lista para provocar complicidades. Y me alegro de haber ideado estos pre-textos mientras llega el momento de hacer la maleta y poner rumbo a Azala. En estas páginas siento que queda algo de aquella confianza de las primeras escrituras que sólo leían las amigas, como si yo aún estuviera exenta del riesgo del *libro*, qué palabra tan pesada, qué objeto tan despolitizado, que concepto tergiversado, qué pereza me da, lo confieso en este lugar todavía íntimo, pensar en términos de *libro* ahora que por fin puedo escribir, y con ello anticipar mi carne que envejece para morir después, lo único de verdad previsible.